

también un retórico ó un gramático, se trabajaran por adquirir nombre merced á sus obras, mas las acciones de la virtud son por sí mismas demasiado nobles para buscar otra recompensa que su valer peculiar, y mucho menos en la vanidad de los juicios humanos.

Si al menos esta falsa opinión sirve para que los hombres se mantengan dentro de su deber; si el pueblo con ella se despierta á la virtud; si los soberanos se conmueven al ver que el mundo bendice la memoria de Trajano y abomina la de Nerón; si los afecta el ver el nombre de este gran bribón en su tiempo causar horror y hoy maldecido y ultrajado á voz en grito por el primer colegial que conoce su vida, que la gloria se alimente entre nosotros cuanto sea dable. Platón al emplear todos los medios que su espíritu le sugeria para convertir á la virtud á sus ciudadanos aconsejábales que no menospreciasen la buena reputación y estimación de los pueblos; y añade que merced á una divina inspiración acontece que hasta los malos mismos, así de palabra como ideológicamente, saben equitativamente distinguir á los buenos de entre los perversos. Este filósofo y su pedagogo¹ son ingeniosos y atrevidos para hacer intervenir la revelación y las leyes divinas donde quiera que faltan las fuerzas humanas; *ut tragici poete ad deum, quum explicare arguménti exitum non possunt*²: por eso con designio injurioso le llamaba Timón gran forjador de milagros. Puesto que los hombres, á causa de su incapacidad, no pueden pagarse en buena moneda, apélese también á la falsa. Este medio ha sido practicado por todos los legisladores, y no hay república en que deje de encontrarse alguna mezcla, ya de vanidad ceremoniosa, ya de opinión mentirosa, que sirve de freno á sujetar los pueblos á la obediencia. Por eso la mayor parte de ellos muestran los comienzos fabulosos, enriquecidos de misterios sobrenaturales; esto es lo que dió crédito á las religiones bastardas é hizo que las gentes de entendimiento no las miraran con malos ojos. Por eso Numa y Sertorio, para convertir en creyentes á sus huestes, las apacentaban con esta simpleza: el uno que la ninfa Egeria, y el otro que su cierva blanca les aconsejaban de parte de los dioses las determinaciones que tomaban. La autoridad que Numa dió á sus leyes bajo la advocación y patronato de esa diosa, Zoroastro, el legislador de los bactrianos y de los persas, la dió á las suyas bajo el patronato del dios Oromazis; Trimegisto, legislador de los egipcios, se sirvió de Mercurio; Zamolxis, el de los escitas, de Vesta; Carondas, el de los cálcidas, de Saturno; Minos, el de los candiotas, de Júpiter; Licurgo, el de los lacedemonios, de Apolo; Dracón y Solón, legislado-

1. Sócrates.

2. Como los poetas trágicos recurren á los dioses cuando no aciertan con el desenlace de sus obras. CICERÓN, *de Nat. deor.*, I, 20.

res del pueblo ateniense, de Minerva. Todo gobierno, en suma, tiene un dios á su cabeza; falsos todos los demás. verdadero el que Moisés levantó al pueblo de Judea, salido de Egipto. La religión de los beduinos, como dice Joinville, predicaba entre otras cosas que el alma del que moría por su príncipe se iba á otro cuerpo más dichoso, más hermoso y más fuerte que el primero que había ocupado. Empujados por esta creencia, exponían la vida de mejor gana.

In ferrum mens prona viris, animæque capaces
Mortis, et ignavum est redituræ parcere vitæ¹.

Fe saludable, aunque vana. Cada pueblo guarda ejemplos semejantes en sus costumbres, pero asunto es éste que merecería capítulo aparte.

Y por añadir aún una palabra más sobre lo primero de que hablé en este capítulo, diré que tampoco aconsejo á las damas que llamen su honor á lo que no es más que su deber; *ut enim consuetudo loquitur, id solum dicitur honestum, quod est populari fama gloriosum*²; éste es el jugo, aquél sólo la corteza. Tampoco las aconsejo que nos pongan por pantalla el honor como pretexto de su oposición, pues supongo que sus intenciones, deseos y voluntad, cosas que nada tienen que ver con el honor, como que nada de ello aparece al exterior, están en ellas mejor ordenados que los efectos exteriores:

Quæ, quia non liceat, non facit, illa facit³.

la ofensa á Dios y á la propia conciencia será tan grande al desearlo como al efectuarlo; y además son esas por sí mismas acciones tapadas y ocultas. Sería fácil que ocultaran alguna al conocimiento de los demás, de la cual el honor dependiese, si no tuvieran otro respeto al deber y á la afección, distinto del que tienen á la castidad por sí misma. Toda persona de honor prefiere perder éste antes que la conciencia.

CAPÍTULO XVII

DE LA PRESUNCIÓN

Hay otra clase de gloria que consiste en la opinión demasiado ventajosa que formamos de nuestro valer. Es una afección inmoderada, merced á la cual nos idolatramos, y

1. Con las armas en la mano el valor se exalta y los ánimos se sienten capaces de morir, pues sería necio querer salvar una vida que aunque se pierda renace luego, LUCANO, I, 461.

2. De la propia suerte que en el lenguaje corriente se llama honrado lo que juzga glorioso la voz de la fama. CICERÓN, *de Finib.*, II, 15.

3. La que por no ser lícita una cosa deja de hacerla obra lo mismo que si la hiciera. OVIDIO, *Amor*, III, 4, 4.

que nos representa á nuestros propios ojos distintos de lo que realmente somos, así como la pasión del amor presta gracias y bellezas al objeto amado, dando margen á que los enamorados hallen, por tener el juicio turbio y trastornado, lo que aman diferente y más perfecto de lo que es en realidad.

No quiero yo sin embargo que por temor de pecar por este lado el hombre se desconozca, ni tampoco que piense valer menos de lo que vale. Debe el juicio en todo mantener sus derechos, y está muy puesto en razón que examine en este caso como en todos los demás aquello que la verdad le muestra; por eso vemos que César se puede considerar resueltamente como el primer capitán del mundo. No somos más que ceremonia; la ceremonia nos arrastra, y prescindimos de la esencia de las cosas; permanecemos en las ramas y abandonamos el tronco y el cuerpo del árbol. Hemos enseñado á las damas á enrojecer con solo oír nombrar lo que en modo alguno temen practicar; no osamos nombrar á derechas nuestros miembros, pero no tememos emplearlos en toda suerte de concupiscencias. Los miramientos nos vedan el expresar por palabras las cosas lícitas y naturales, y acatamos los miramientos; la razón nos prohíbe la comisión de actos ilícitos, y nadie obedece á la razón. Y aquí me encuentro yo atascado y trabado por las leyes ceremoniosas, que no consienten ni que se hable bien de sí mismo ni tampoco que se hable mal. Por esta vez las dejaremos á un lado.

Aquellos á quienes la fortuna (llámese buena o mala) hizo pasar la vida en alguna señalada posición social pueden por sus acciones públicas dar testimonio de lo que son; pero á los que vivieron envueltos en la multitud, y de quienes nadie hablará si ellos mismos no hablan, debe excusárseles el atrevimiento de exteriorizarse en beneficio de los que tienen interés en conocerlos, como Lucilio hizo,

Ille velut fidis arcana sodalibus olim
Credebat libris, neque si male cesserat, usquam
Decurrens alio, neque si bene: quo fit, ut omnis
Votiva pateat veluti descripta tabella
Vita senis¹;

quien confió al papel sus ideas y sus actos, pintándose tal cual se creía ser: *nec id Rutilio et Scauro citra fidem, aut obtreactioni fuit*².

Recuerdo, pues, que desde mi más tierna infancia advirtiéndose en mí yo no sé que porte y qué ademanes, testimo-

1. Se mostraba en sus memorias cual si hablara á un fidelísimo confidente, sin omitir jamás nada de lo bueno ni de lo malo que pudiera sucederle, con lo cual consiguió que toda su vida apareciera allí claramente expuesta, como en unas tablas votivas. HORACIO, *Sat.*, II, 1, 3.

2. Ni Rutilio ni Scauro fueron por ello menos creídos ni menos estimados. TACITO, *Agricol.*, c. 1.

nios de alguna vana y necia altivez. Entiendo que no es extraordinario ni raro el tener propensiones tan peculiares é incorpóreas en nosotros que carezcamos de medios para advertirlas y reconocerlas; y de estas inclinaciones naturales el cuerpo retiene fácilmente algún resabio contra nuestra voluntad y sin que nosotros nos demos cuenta de ello. Una afectación que sentaba bien con su hermosura hacia inclinar á un lado la cabeza de Alejandro; igual circunstancia convertía en blando y pastoso el hablar de Alcibiades; Julio César se rascaba con un dedo la cabeza, lo cual significa el estado de un hombre cuyo espíritu está lleno de graves pensamientos; y creo que Cicerón acostumbra á fruncir un poco la nariz, que es testimonio de un natural burlón; todos estos movimientos pueden ganarnos imperceptiblemente. Otros hay artificiales, de que no hablo, como las saluciones y reverencias, con los cuales alcanzamos, las más de las veces inmerecidamente, el honor de que se nos tenga por sencillos y corteses; se puede ser sencillo aparentemente. Yo soy sobrado pródigo de bonetadas, principalmente en estío, y jamás se me dirige una sin que la devuelva, cualquiera que sea la calidad del que saluda, como no sean gentes que vivan á mis expensas. Desearia yo que algunos príncipes que conozco fueran más económicos y justos dispensadores de las mismas, pues así, sin discreción esparcidas, se aminora su valor, y no producen efecto. Entre los talentos desordenados no olvidemos la gravedad afectada del emperador Constancio, que en público tenia siempre la cabeza derecha, sin volverla ni inclinaria á ningún lado, ni siquiera para mirar á los que le saludaban ó se encontraban junto á él; mantenía el cuerpo plantado, inmóvil, sin dejarse llevar por el vaivén de su carruaje; ni osaba tampoco escupir, sonarse las narices ni limpiarse el sudor de la cara ante las gentes. Y no sé si los ademanes que en mí advertían eran como los de que hablé primero, ó si dependían de alguna propensión oculta á la vanidad y altivez necias, como acaso fuera la verdad. Los movimientos del cuerpo no puedo yo justificármelos, cuanto á los del alma quiero aquí confesar lo que por virtud de ellos experimento.

Hay en la presunción dos aspectos diferentes, á saber: el avalorarse demasiado, y el no avalorar suficientemente á los demás. Por lo que toca al primero paréceme que debo tener en cuenta estas consideraciones: yo me siento avasallado por un error de alma, que me atormenta como injusto y más todavía como inoportuno; procuro corregirlo, pero arrancarlo no puedo, y es que atenuo el equitativo valer de las cosas que poseo y lo realzo á medida que me son extrañas, ausentes y ajenas. Tal disposición de espíritu va en mí muy lejos. De la propia suerte que la prerrogativa de autoridad hace que los maridos miren á las mu-

jerés propias con equivocado menosprecio, y muchos padres á sus hijos, así me acontece á mi; entre dos obras semejantes iré siempre contra la que me pertenece. Y la razón no es tanto que el deseo de corregir mi obra y perfeccionarla trastorne mi juicio y me imposibilite de toda satisfacción, como el considerar que en mi, por sí misma, la posesión engendra el desdén de aquello que tengo á mi albedrío. El régimen, costumbres y lenguas de países lejanos me encantan; hecho de ver que el latín me engaña por lo majestuoso de su dignidad, algo más de lo que fuera justo, como á los niños y al vulgo; el gobierno, la casa, y el caballo de mi vecino, aun cuando sean iguales, valen más que los míos, precisamente porque no lo son; la ignorancia mía es supina; tanto más admiro la seguridad y aplomo que cada cual tiene en sí mismo, y encuentro que casi nada hay que yo crea saber, ni que tenga seguridad de hacer.

Cuando me propongo llevar á cabo tal ó cual labor, carezco de nociones exactas acerca de los medios de que podré echar mano para salir airoso, y de ellos no me informo sino cuando la tarea acabó, tan desconfiado de mis fuerzas como de todo lo demás; de donde resulta que si salgo con lucimiento de un trabajo, atribúyolo mejor á la buena fortuna que á mis propias fuerzas, tanto más cuanto que nunca formo designio previo, y adrede lo dejo al azar. Análogamente me sucede que de todas las opiniones que la antigüedad profesó del hombre en general, las que abrazó de mejor gana, y á que me sujeto más, son las que nos menosprecian, envilecen y rebajan en mayor grado; jamás la filosofía me parece tan razonable como cuando combate y reconoce nuestra presunción y vanidad, cuando de buena fe confiesa la irresolución, debilidad ó ignorancia humanas. Páreceme que el ama de cría de las más falsas ideas públicas y particulares es la opinión demasiado ventajosa que el hombre se forma de sí mismo. Esas gentes que cabalgan sobre el epíciclo de Mercurio y ven hasta lo más recóndito del firmamento, me producen el mismo efecto que si me arrancaran las muelas; pues descubriendo en el estudio que yo hago, cuyo asunto es el hombre, una tan extremada diversidad de juicios, un laberinto tan intrincado de dificultades que se amontonan de continuo las unas sobre las otras, tanta variedad é incertidumbre en la escuela misma de la sapiencia, y no habiendo sido capaces esos hombres de darse cuenta del conocimiento de sí mismos, ni de su peculiar condición, que constantemente tienen ante sus ojos, y que reside en ellos; no sabiendo cómo se agita lo que ellos hacen agitar, ni cómo pintarnos y descifrar los resortes que guardan y manejan ellos mismos, ¿cómo he de creerlos cuando nos explican la causa del crecer y decrecer de las aguas del Nilo? La curiosidad de inquirir

las cosas fué puesta en el espíritu del hombre para su castigo, dice la divina palabra.

Volviendo á mi mismo, diré que es muy difícil, á lo que creo, que nadie se considere menos, y hasta que nadie me considere menos de lo que yo me considero. Inclúyome en la clase más común y ordinaria de los hombres, y lo que me distingue acaso es la confesión sincera que de ello hago. Sobre mí pesan los defectos más comunes y corrientes, pero ni dejo de reconocerlos, ni tampoco de buscarlos excusa, y me justiprecio sólo porque conozco lo que valgo.

Si alguna gloria hay en ello, en mi se encuentra infusa superficialmente, por lo traicionero de la complexión mía, careciendo de cuerpo para comparecer ante la vista de mi juicio. Aquella me circunda sin penetrarme, pues á la verdad, por lo que toca á las cosas del espíritu, de cualquier modo que las considere, nunca emanó de mi nada que me halagara, y la aprobación ajena para nada me satisface. Es mi juicio delicado y difícil de contentar, muy particularmente en las cosas que conmigo se relacionan: constantemente me desapruero; por doquiera mis sentidos flotan, y la propia debilidad los doblega; nada peculiar poseo que á mi entendimiento satisfaga. Mi vista es bastante clara y ordenada, pero al poner mano á la obra se trastorna. Esto que digo experimentolo en la poesía con evidencia mayor: gustola infinitamente, y la juzgo por modo aceptable en las obras ajenas; mas, cuando yo intento crearla, soy incapaz de sufrirme. Puede hacerse el tonto en todas las demás cosas, pero no cuando de poesía se trata:

Mediocribus esse poetis
Non di, non homines, non concessere columnæ ¹.

¡Pluguiera á Dios que esta sentencia se encontrara al frente de las oficinas todas de nuestros impresores para impedir la entrada en ellas á tantos versificadores hueros!

Verum
Nil securius est malo poeta ².

¡Lástima que nosotros no poseamos un pueblo semejante al de los antiguos! Nada estimaba tanto como sus poesías Dionisio, el padre: cuando se celebraban los juegos olímpicos, á ellos enviaba poetas y músicos, montados en carros que á todos los otros excedían en magnificencia, para recitar sus versos en tiendas y pabellones dorados y regiamente tapizados. Al declamarlos, la excelencia y el favor que la pronunciación les prestara atraían instantáneamente la atención del pueblo; mas cuando después llegó el autor

1. Ni los dioses, ni los hombres, ni las columnas de los pórticos consienten que un poeta sea mediano. HORACIO, *de Arte poet.*, v. 372.

2. En verdad, no hay nadie tan seguro de sí como un mal poeta. MARCIAL XII, 63, 13.

á medir y pesar la vacuidad de su obra, al punto la menospreció, y montando sucesivamente en ira se lanzó furioso derribando y desgarrando todos sus pabellones, loco á causa del despecho que sentía. Lo que de sus carros tampoco hicieran nada relevante en la carrera, y lo de que el navio que á sus gentes conducía tampoco pudiese abordar en Sicilia (una tormenta lo lanzó, destrozándolo contra las costas de Tarento), el mismo pueblo tuvo por cierto que fue un efecto de la cólera de los dioses irritados, como Dionisio, contra aquel poema detestable; y hasta los mismos marineros escapados del naufragio iban secundando la idea popular, á la cual el oráculo semejó también asociarse en algún modo, puesto que declaraba: « que Dionisio estaría cercano de su fin cuando hubiera vencido á los que valian más que él ». Lo cual interpretó de los cartagineses, quienes en poder le superaban, y teniendo que habérselas con ellos torcía con frecuencia la victoria y la templaba á fin de no incurrir en el sentido de esa predicción; pero engañábase, pues el dios señalaba la época de las ventajas que por injusticia y favor ganara en Atenas sobre los poetas trágicos superiores á él al hacer representar la suya intitulada las *Lenianas*. Repentinamente murió después de esta victoria siendo en buena parte la causa el exceso de alegría que experimentara.

Lo que en mi reconozco excusable no lo es porque de suyo ni verdaderamente lo sea, sino comparado con otras cosas peores, á las cuales veo que se otorga crédito. Yo envidio la dicha de los que saben regocijarse y gloriarse con su propia obra, por ser éste un medio fácil de procurarse placer, en atención á que se alcanza de sí mismo, principalmente habiendo alguna firmeza en la obstinación. Sé de un poeta á quien bajo y fuerte, solo y acompañado, cielo y tierra gritan que ignora lo que trae entre manos, mas no por ello rebaja un ápice de la medida que se tomó: constantemente de nuevo comienza, de nuevo se consulta y persiste en su idea con fuerza igual á los improperios que oye y con igual rudeza, la cual á él solo incumbe mantener.

Tan lejos están mis obras de sonreirme que cuantas veces en ellas pongo mano, otras tantas me despecho:

Quum relego, scripsisse pudet; quia plurima cerno,
Me quoque, qui feci, iudice, digna lini¹.

Guardo siempre en el alma una idea y cierta imagen indecisa, que me presentan como en sueños una forma mejor que la trabajada, mas no la puedo coger ni elaborar, y aun esa idea misma es de categoría mediana. Lo que con

1. Cuando vuelvo á leer mis escritos me avergüenzo de haberlos compuesto, porque aun yo mismo que soy el autor creo que deberían suprimirse. OVIDIO de *Ponto*, I, 3, 15.

esto quiero significar es que las producciones de aquellas almas grandes y ricas de los pasados siglos sobrepujan un grado inmenso el extremo límite de mi fantasía y de mi deseo: no solamente sus escritos me satisfacen y me llenan, sino que también me pasman, dejándome de admiración transido; juzgo su belleza y la veo, si no hasta el fin, al menos tan adentro que me es imposible aspirar á ella. Sea cual fuere el escrito que yo emprenda, debe á las Gracias un sacrificio previo, como Plutarco dice de Jenócrates, para alcanzar así su favor:

Si quid enim placet,
Si quid dulce hominum sensibus influit,
Debentur lepidis omnia Gratias¹.

Constantemente me abandonan y en mi todo es grosero; faltanme belleza y gentileza; soy incapaz de procurar á las cosas su mayor valor; mi manera nada ayuda á la materia, por lo cual me precisa sólida, fácil de asir y que luzca por sí misma. Cuando las que manejo son más regocijadas y vulgares, es mi intento el que me sigan por no gustar de una prudencia triste y ceremoniosa como acostumbra el mundo, y para alegrarme, y no por regocijar mi estilo, el cual más bien las apetece severas y graves, si es que puedo nombrar estilo al hablar informe y sin reglas, á la jerga popular y al proceder sin definición, división ni conclusión, confuso, á la manera del que empleaban Amafanio y Rabilio. Yo no acierto á gustar, regocijar ni cosquillar; el mejor cuento del mundo se agosta entre mis manos; y se deslustra. No sé hablar distintamente sino es cuando con seriedad me expreso, y me encuentro del todo desprovisto de esa facilidad que en algunos de mis compañeros veo, la cual consiste en hablar al primero que les sale al paso, teniendo pendientes á una concurrencia entera, ó en divertir sin cansarse el oído de un príncipe, instruyéndole en toda suerte de asuntos. La materia jamás les falta, merced á la gracia que poseen de saber utilizar la primera que encuentran á la mano, acomodándola al humor y alcance de aquellos á quienes hablan. Los soberanos apenas gustan de los discursos sólidos, y yo soy inhábil para forjar historias. Las razones primeras y más fáciles, que comunmente son aquellas de las cuales mejor nos apoderamos, no acierto á emplearlas; cual predicador de aldea, sea cual fuere la cosa de que se trate, tocante á ello digo las cosas más lejanas que conozco. Considera Cicerón que en los tratados de filosofía es la parte más difícil el exordio: si así es en realidad, yo me lanzo á las conclusiones prudentemente. Precisa saber aflojar la cuerda en toda suerte de tonos; y

1. Cuanto nos complace y contribuye á dulcificar la vida del hombre, todo se lo debemos á las Gracias. (Estos versos latinos son probablemente obra de un autor moderno.)

el más agudo es con frecuencia el menos necesario. Hay por lo menos tanta perfección en levantar una cosa vacía como en sostener una pesada; ya precisa superficialmente manejarlas, otras veces profundizarlas. Sé de sobra que casi todos los hombres se mantienen en este bajo nivel, porque conciben aquéllas por esta primera apariencia; pero sé también que á los más grandes maestros, Jenofonte y Platón, por ejemplo, á veces se los ve descender á este bajo medio popular de decir y tratar las cosas, sustentándolas con gracias que jamás les faltan.

Por lo demás mi lenguaje nada tiene de fácil ni pulido; es rudo y desdafiado, y sus formas son libres y desordenadas. Pláceme así, si no por raciocinio, por inclinación; pero bien advierto que á veces me dejo llevar con exceso, y en fuerza de huir el arte y la afectación recaigo en otros inconvenientes no menos graves.

Brevis esse laboro,
Obscurus fio ¹.

Dice Platón que ni lo conciso ni lo amplio son propiedades que procuran ó quitan valor al lenguaje. Aun cuando yo me propusiera ese otro estilo igual, ordenado y unido, no acertaría á lograrlo; y bien que con mi humor se acomoden los recortes y cadencias de Salustio, no por ello dejo de encontrar á César más grande y también más difícil de representar; y si mi inclinación me lleva mejor á la imitación del hablar de Séneca, tampoco dejo de estimar más el de Plutarco. Como en el hacer, también en el decir sigo simplemente mi manera natural, lo cual acaso sea la causa de mi mayor fortaleza en el hablar que en el escribir. El movimiento y la acción ayudan á las palabras, sobre todo en aquellos que, como yo, se agitan bruscamente, acalorándose: el porte, el semblante, la voz, el vestido y la situación pueden comunicar algún valor á las cosas que por sí mismas de él carecen, como la charla. Mesala se queja en Tácito de algunos trajes muy ceñidos en su tiempo usados y de la forma de los bancos en que los oradores hablaban, los cuales debilitaban la elocuencia.

Mi lenguaje francés está adulterado lo mismo en la pronunciación que en otros respectos, por la barbarie de mi terruño: nunca vi hombre nacido y educado en las regiones de por acá que con evidencia cabal no denunciara su charloteo, y que no lastimara los puros oídos franceses. Y sin embargo no es porque yo sea muy competente en mi perigordano, pues tanto como el alemán lo desconozco, y no me apena. Es éste un dialecto lánguido (como los que en torno de mi vivienda se hablan, á uno y otro lado, el

1. Me esfuero por ser conciso y caigo en la obscuridad. HORACIO, *de Art. poetic.*, v. 25.

poatevino, xantongés, angumosino, lemosín y alverñés), disgregado y suelto; por cima de nosotros, hacia las montañas, hay un gascón que me parece singularmente hermoso, seco, conciso, significativo; lenguaje en verdad varonil y militar, cual ninguno que yo entienda, tan nervioso, poderoso y pertinente como es el francés agraciado, delicado y rico.

En cuanto al latín, que como lengua maternal se me su ministró, perdí por falta de costumbre la prontitud para poder servirme de él en el hablar y también en el escribir. Y antaño, por mi idoneidad me llamaban maestro en ella. Ved, pues, cuán poco valgo por este lado.

Es la belleza cualidad de recomendación primordial en el comercio de los humanos y el primer medio de conciliación entre unos y otros. Ningún hombre, por montaraz y bárbaro que sea, deja de sentirse en algún modo herido por su dulzura. Tiene el cuerpo una parte principalísima en nuestro ser y en él ocupa un rango señalado, por donde su estructura y composición merecen justamente considerarse. Los que quieren desprender nuestros dos componentes principales y secuestrar el uno del otro yerran grandemente: precisa, por el contrario, reacomodarlos y juntarlos; es menester ordenar al alma, no el echarse á un lado; satisfacerse aparte, menospreciar y abandonar el cuerpo (tampoco sería capaz de realizarlo si no es sirviéndose de cualquier contrahecho remedo), sino aliarse con él, abrazarle, acariciarle, asistirle, fiscalizarle, aconsejarle, enderezarle, llevándole al buen camino cuando se extravía, casarse con él en suma, de suerte que de marido le sirva, para que de este modo los efectos no parezcan diversos y contrarios, sino concordantes y uniformes. Los cristianos tienen particular instrucción de este enlace, pues saben que la justicia divina comprende esta sociedad y juntura del cuerpo y del alma hasta procurarles capacidad para las eternas recompensas; é informados están también de que Dios mira las obras de todo el hombre, deseando que en su totalidad reciba el castigo ó el premio según sus méritos ó deméritos. La secta peripatética, que es de todas la más sociable, atribuye á la sabiduría el cuidado exclusivo de proveer y procurar en común el bien de esas dos partes asociadas; y las demás sectas, por no haberse suficientemente sujetado á la consideración de la mezcla, muestran su parcialidad abiertamente: una para con el cuerpo y otra para con el alma, cayendo siempre en error semejante. Echaron á un lado el objeto, que es el hombre, y su guía, que generalmente confiesan ser Naturaleza. La distinción primera que haya existido entre las criaturas, y la consideración primera que procuró la preeminencia de unas sobre otras, es verosímil que fuese debida á las ventajas de la belleza:

Agros divisere atque dodere.
Pro facie cujusque, et viribus, ingenioque;
Nam facies multum valuit, viresque vigebant 1

Mi estatura está algo por bajo de la mediana: este defecto no es solamente feo, sino incómodo, principalmente á los que tienen mando ó ejercen cargos, pues la autoridad que procura la presencia hermosa y la corporal majestad les faltan. C. Mario no acogía de buena gana á los soldados que no medían seis pies de altura. Tiene razón *El Cortesano* al querer que el gentilhomme por él dirigido tenga una talla ordinaria, prefiriéndola á cualquiera otra, y al desear en el hombre que á la corte se destina toda singularidad que dé margen á que le señalen con el dedo. Mas no siendo de esa estatura común, tirando más bien á pequeño que á grande, quitaríale yo de la cabeza el que un hombre así fuese militar. Los hombres pequeños, dice Aristóteles, son bonitos, convenido, pero no hermosos; y el grandor envuelve la grandeza del alma, como la belleza un cuerpo grande y alto. Los etíopes y los indios, dice el filósofo, al elegir sus reyes y sus magistrados tenían muy en cuenta la hermosura y elevada estatura de las personas en quienes ambos cargos resignaban. Razón tenían, pues implica respeto para los que los siguen é impone al enemigo miedo el ver marchar á la cabeza de un ejército á un jefe cuya talla es espléndida y hermosa.

Ipsæ inter primos præstanti corpore Turnus.
Vertitur arma tenens, et toto vertice supra est 2

Nuestro gran rey divino y celeste, de quien las cualidades todas deben cuidadas, reverente y religiosamente considerarse; tampoco menospreció la corporal recomendación, *speciosus forma præ filiis hominum* 3; y Platón, con la templanza y la fortaleza, desea también la belleza á los conservadores de su república. Es grandemente desconsolador el que hallándose en medio de las gentes se dirijan á vosotros para preguntaros «¿Dónde está el señor?», y el que solamente os quede el resto de la bonetada que se propina á vuestro barbero ó á vuestro secretario, como aconteció al pobre Filopómeno, el cual habiendo llegado antes que sus acompañantes al alojamiento donde le aguardaban, su hostelera, de quien era desconocido, viéndole con cara de poca cosa, ocupóle en ayudar á sus criadas á sacar agua y á atizar la lumbre, para el servicio de Filopómeno; llegados los gentilhombres de su comitiva,

1. Dividieron y repartieron las tierras según la belleza, la fuerza y el ingenio de cada cual; la hermosura del rostro valía mucho é imperaba la fuerza. *Lucrecio*, V, 109.

2. Entre los primeros, por su estatura imponente, marcha Turno con las armas en la mano; su cabeza sobresale por encima de todos cuantos le rodean. *Virgilio*, *Eneid.*, VII, 783.

3. Era el más hermoso de entre todos los hombres. *Ps.* XLV, 3.

como le vieran, sorprendidos, atareado en tan hermosa ocupación, pues no había dejado de prestar obediencia á las órdenes que había recibido, preguntáronle lo que hacía. «Pago, les respondió, el castigo de mi fealdad.» Las demás bellezas son para las mujeres adecuadas: la de la estatura es la sola propia de los hombres. Donde la pequeñez domina, ni la amplitud y redondez de la frente, ni la dulce blancura de los ojos, ni la mediana forma de la nariz, ni las orejas pequeñas y la boca, ni el buen orden y blancura de los dientes, ni el espesor bien unido de una barba morena tirando al color castaño, ni el cabello echado atrás, ni la justa redondez de la cabeza, ni la frescura del color, ni el aspecto agradable del semblante, ni un cuerpo sin olor, ni la legítima proporción de los miembros, pueden en nada contribuir á procurar belleza á un hombre.

Por lo demás, mi talla es robusta y rechoncha; mi semblante no grueso, sino lleno; la complexión entre jovial y melancólica, entre sanguínea y cálida:

Unde rigent setis mihi crura, et pectora villis 4;

la salud, resistente y alegre hasta bien entrado en años, por las enfermedades rara vez perturbada. Así era yo, pues nada me considero ya en los momentos actuales, en que penetré en las avenidas de la vejez, habiendo tiempo há cumplido los cuarenta años:

Minutatim vires et robur adultum
Frangit, et in partem pejorem liquitur ætas 5;

lo que seré de hoy en adelante, ya no será sino medio ser; ya no seré yo; todos los días me escabullo, y á mí mismo me saqueo:

Singula de nobis anni prædantur euntes 6.

Habilidad y disposición corporales no he tenido ningunas, y sin embargo soy hijo de un padre muy dispuesto y de una viveza que le duró hasta la vejez más caduca. Apenas encontré ningún hombre de su condición que se igualara á él en toda suerte de ejercicios corporales; por el contrario, yo apenas hallé ninguno que no me sobrepusiera, salvo en la carrera, en que fui de los medianos. En punto á música y canto, no pude dar un paso ni tampoco supe jamás tocar ningún instrumento. En la danza, en el juego de pelota, en la lucha, no he podido adquirir sino una muy ligera y común capacidad; en el nadar y en el esgrimir, en el voltear y en el saltar, mi habilidad es del todo nula. Mis manos son tan torpes que no aciertan á escribir como Dios

1. Con el pecho y las piernas cubiertos de vello. *MARCIAL*, II, 36, 5.

2. Poco á poco las fuerzas y el vigor juvenil se pierden y comenzamos el penoso descenso de nuestra vida. *Lucrecio*, II, 11, 31.

3. Los años, al pasar, nos van robando parte de nuestro ser. *HORACIO*, *Epist.*, II, 55.

manda, ni siquiera para mi uso personal, de tal suerte que lo que emborrono prefiero volverlo á escribir mejor que tomarme el trabajo de descifrarlo. En la lectura no soy más aventajado: muy luego echo de ver la fatiga de los que me escuchan. En lo que á otros particulares toca, no sé cerrar á derechas una carta; ni supe nunca cortar la pluma, ni trinchar en la mesa, ni equipar un caballo con su arnés; ni llevar en la mano un halcón y soltarlo luego con acierto, ni hablar á los perros, á los caballos y á las aves. En suma, las disposiciones corporales mías corren parejas con las de mi alma; nada hay en ellas de vivaz; capaces son sólo de un vigor cabal y firme; resisto bien la fatiga, pero necesariamente tengo que estar de buen temple para lograrlo, y á ella me lanzo cuando el deseo me lleva,

Molliter austerum studio rante laborum 4.

Si acontece de otro modo, si el aliciente de algún placer no me acompaña, si me conduce otro guía que mi voluntad pura y libre, soy hombre al agua; pues mi condición es tal que, salvo la salud y la vida, nada hay por que yo me determine á romperme los cascos, ni nada que quiera alcanzar á cambio del tormento del espíritu ni del esfuerzo.

Tanti mihi non sit opaci

Omnis arena Tagi, quodque in mare volvitur aurum 2.

Extremadamente ocioso, extremadamente libre por inclinación y exprofeso, para mí sería lo mismo sacrificarme á los cuidados que derramar la sangre de mis venas. Es mi alma toda propia, á sí misma se pertenece por entero y está acostumbrada á obrar á su modo: como que hasta hoy nunca tuve quien me mandara, ni quien me impusiera obligaciones forzosas, caminé siempre como quise y al paso que me plugo; todo lo cual debilitó mi resistencia, me hizo inútil para el servicio ajeno y sólo apto para el propio.

Y para mí no hubo necesidad de forzar este natural pesado, perezoso y holgazán, pues habiéndome encontrado desde mi nacimiento en una situación de fortuna en que he podido detenerme (la cual quizás mil otros de mi conocimiento hubieran tomado por pretexto para meterse en investigaciones, agitaciones é inquietudes) y en tal grado de sensibilidad que, aun habiendo tenido ocasión de ello, nada he solicitado ni tomado:

Non agimur tumidis velis Aquilone secundo,
Non tamen adversis ætatem ducimus Austris;

1. Suavemente, con la distracción del estudio se cubre la aspereza de nuestros trabajos. HORACIO, *Sat.*, II, 2, 12.

2. No aceptaría yo á ese precio todas las arenas del Tajo con el oro que llevan hacia el mar. JUVENAL, *Sat.*, III, 54

Viribus, ingenio, specie, virtute, loco, re,
Extremi primorum, extremis usque priores 4.

Yo no he tenido necesidad sino de la capacidad de contentarme á mí mismo, la cual es, sin embargo, bien considerada, igualmente difícil en cualquiera condición, y generalmente vemos que se encuentra todavía más fácilmente en la escasez que en la abundancia; y la razón quizás sea que conforme al desarrollo de la otras pasiones, el hambre de riquezas se ve más aguzada por el disfrute de las mismas que en la escasez, y porque la virtud de la moderación es más rara que la de la paciencia: yo no he tenido necesidad distinta á la de gozar dulcemente de los bienes que Dios por su liberalidad puso entre mis manos. Ni he gustado ninguna suerte de trabajo ingrato; apenas he manejado otros negocios que los míos, ó si los manejé fué con la condición de emplearme en ellos cuando quise y como quise, encargado por gentes que se fiaban en mí, que no me metían prisa, y que me conocían; los peritos alcanzan provecho para servirse hasta de un caballo indócil é indómito.

Mi misma infancia fué gobernada de una manera blanda y libre, exenta de toda sujeción rigurosa; todo lo cual me formó de una complexión delicada é incapaz de cuidados, á tal extremo que yo gusto de que se oculten mis pérdidas y los desórdenes que me incumben. En el capítulo de mis gastos incluyo el coste de mis descuidos para saber lo que me cuesta el alimentarlos:

Hæc nempe supersunt,

Quæ dominum fallunt, quæ prosunt furibus 2;

prefiero no saber la cuenta de lo que poseo para lamentar menos mis perjuicios, y ruego á los que en mi compañía viven que cuando no sientan afección la simulen para pagarme con buenas apariencias. Como carezco de firmeza bastante para sufrir la importunidad de los accidentes á que todos estamos sujetos; como no puedo mantener mi espíritu en la tensión de arreglar y ordenar los negocios, permanezco cuanto puedo en la postura del que se abandona por completo á la casualidad; «tomo todas las cosas por el lado peor, lo cual me inclina á soportarlas dulce y pacientemente». Esta es la sola mira de mis vigiliias y el fin único á que encamino todas mis reflexiones. Abocado á un peligro, no me preocupo tanto del modo de rehuirlo como de lo poco que importa el que lo rehuya: aunque me lo propusiera, ¿qué conseguiría? No pudiendo reglamentar los

1. No van impulsadas nuestras velas por el favorable Aquilón ni tampoco las combate el austro adverso: por nuestras fuerzas, ingenio, figura, virtud, condición y fortuna somos de los últimos entre los primeros, mas de los primeros entre los últimos. HORACIO, II, 2, 201.

2. Hay que contar con lo que al señor se le va de las manos para caer en las de los picaros que le rodean. HORACIO, *Epist.*, I, 6, 45.

acontecimientos, me reglamento yo mismo, y me aplico á ellos si ellos no se aplican á mí. Carezco de arte para torcer lo imprevisto y para escapar lo ó forzarlo, como también para acomodar y conducir con prudencia las cosas á mi modo de ser. Menor aún es mi facilidad para soportar el cuidado, rudo y penoso, que para esto es necesario: considero como la más horrible de todas las situaciones el estar suspenso de las cosas que exigen premura, y agitado entre el temor y la esperanza.

Hasta en los negocios menos importantes el deliberar me importuna, y siento mi espíritu más inhábil para sufrir el movimiento y las sacudidas diversas de la duda y la consulta que para calmarse y resolverse á tomar cualquier partido, luego que la fortuna está jugada. Pocas pasiones han turbado mi sueño, mas, entre las deliberaciones, la más insignificante lo trastorna. De igual suerte que en los caminos evito de buen grado los lugares que son pendientes y resbaladizos y me lanzo en lo más trillado, en lo más fangoso, en lo menos resistente, donde no pueda hallar ya mayores obstáculos y me vea precisado á buscar seguridad, así gusto de los males absolutamente puros, de los que no me afanan, ya pasada la incertidumbre de que la calma vuelva, de los que del primer embite me lanzan derecho al dolor:

Dubia plus torquent mala ¹.

Condúzcome virilmente en las desdichas; en el trayecto que á ellas nos lleva, infantilmente. El horror de la caída me da más fiebre que el golpe. El aparato no corresponde á la fiesta: el avaricioso se atormenta más que el pobre, y el celoso más que el cornudo. El último peldaño es el más resistente: es el lugar de la constancia: en él ya no precisa el auxilio ajeno; la constancia se fundamenta allí y se apoya toda en sí misma. Aquel proceder de un hidalgo á quien muchos conocieron, ¿no da idea de cierto sentido filosófico? Casóse ya bien entrado en años después de haberla corrido en su juventud y era gran decididor y amigo de francachelas. Recordando cuánta materia le procuraran las conversaciones de cornamenta y lo mucho que se había burlado del prójimo, para ponerse á cubierto de iguales befas se casó con una mujer que encontró en el lugar donde cada cual las encuentra por su dinero, y solicitóla así como esposa: «Buenos días, puta. — Buenos días, cornudo.» Realizado el enlace, de nada habló más á gusto y sin ningún género de embajes á los que le frecuentaban que del designio que realizara, por donde sujetaba las ocultas habladurías y hacia que se embotaran los dardos epigramáticos que se le dirigían.

1. Lo dudoso atormenta más que lo malo. SENECA, *Agamemnon*, acto III, esc 1, v. 29.

Por lo que toca á la ambición, cualidad vecina de la presunción, ó más bien hija suya, hubiera precisado para que me empujara que la fortuna me tomase por la mano; pues el procurarme molestias alentado por una esperanza de resultados inciertos, y someterme á todas las dificultades que acompañan á los que buscan acreditarse en los comienzos de sus empresas no hubiera sabido hacerlo:

Spem pretio non emo ¹:

yo me sujeto á lo que veo y poseo, y apenas me alejo del puerto:

Alter remus aquas, alter tibi radat arenas ²;

aparte de que, se llega difícilmente á situaciones prósperas de fortuna sin exponer primeramente lo que se posee; y yo soy de parecer que si se tiene bastante á mantener la condición en que se nació y se fué educado, es una locura soltar la presa movido por la incertidumbre de aumentarlo. Aquel á quien la suerte niega hasta el lugar necesario para poner en tierra las plantas de sus pies y para alcanzar la tranquilidad y el reposo, es perdonable si lanza al azar lo que posee, porque la necesidad le coloca en el camino del riesgo:

Capienda rebus in malis præceps via est ³:

y yo excuso más bien á un menor el que coloque su legítima á merced de todos los vientos, que no que lo haga el que tiene á su cargo el honor de la casa, á quien no puede tolerarse el que se vea necesitado por su propia culpa. Encontré que era bueno el camino más corto y más cómodo, de acuerdo con mis buenos amigos del tiempo viejo; despojéme de aquel deseo y me mantuve quieto:

Cui sit conditio dulcis sini pulvere palmæ ⁴:

juzgando también prudentemente de mis fuerzas, que no eran capaces de grandes cosas, y acordándome de estas palabras del difunto canciller Ollivier, el cual decía «que los franceses se parecen á los monos, que van trepando por los árboles de rama en rama, hasta tocar á la más alta, desde la cual enseñan el culo cuando á ella llegaron».

1. Yo no compro la esperanza con dinero. TERENCE, *Adel.*, acto I, escena III, v. 11.

2. Hay que remar con un remo en la agua y el otro en las arenas de la orilla. PROPERCIO, III, 3, 23.

3. En la mala fortuna seamos audaces para elegir un nuevo camino. SENECA, *Agamemnon*, acto II, esc. I, v. 47.

4. Sea su dulce destino alcanzar la palma de la victoria sin recurrir al estruendo de la lucha. HORACIO, *Epist.* I, 1, 51.